BALADA PARA LA PAZ DE LOS PEREGRINOS

AHORA que las ruinas de los muros
han cerrado la puerta de la casa
y que por los caminos inseguros
nos damos cuenta de que el tiempo pasa,
nadie pide el pan nuevo ni lo amasa
y hay que ganar la buena compañía.
Ahora que el temor nos vencería,
que levante la voz y que despierte,
que alabe la fatiga de este día
el que quiera llegar vivo a la muerte.

¿Quién nos dirá por dónde va el camino?
¿Quién sabrá que la noche ha terminado
y nos ofrecerá la sal y el vino
para la sed de un sueño acongojado?
¿Quién ha de colocarse a nuestro lado
con palabra de paz y de consejo?
¿Y a quién le pediremos el espejo
para mirar la luz que nos advierte
que no debe sembrar en campo viejo
el que quiera llegar vivo a la muerte?

Todos andamos solos y distantes,
y quisiéramos ir muy acercados
a nuestras manos rotas, suplicantes
de la paz y los días reposados.
Y tenemos los ojos lastimados

por esa claridad tan diferida,
nuestra mirada encubre nuestra herida
y nuestro hablar nos da palabra inerte.
Todos sabemos: no ha de amar la vida
el que quiera llegar vivo a la muerte.

En la voz y en la frente lacerada
nos ha marcado el viento un grito oscuro,
pero está la esperanza proclamada
en la palabra escrita sobre el muro.
Sabemos el camino más seguro
y cerramos los ojos y miramos.
Hablamos claramente, despertamos
y nos sustenta el fuego que se vierte
aquí donde morimos y esperamos
que llegaremos vivos a la muerte.

Peregrinos: la paz sólo se alcanza
sufriendo el caminar. ¡Que nos liberte
del esperar incierto, la esperanza
de que lleguemos vivos a la muerte!

ENRIQUE BADOSA